

## “NOS QUIEREN GASEAR CON IDEOLOGÍA”

Esta frase es el título de un [artículo que he leído](#). Parece dura, pues gasear nos recuerda el exterminio masivo nazi de las cámaras de gas. Se podría decir “anular”, huyendo de la anterior metáfora y abarcando todo intento de acabar con nuestra razón y con ello nuestra capacidad de reflexión. Y también debiéramos añadir que además de ideología, también se emplean otros medios, como la publicidad engañosa, medias verdades, falsas comparaciones, etc.

Para situarnos bien en esta reflexión hemos de ponernos de acuerdo en lo que aquí puede significar “ideología”, pues es palabra que tiene varias acepciones. Aquí es evidente que se utiliza como conjunto de ideas que tratan de ocultarnos sutilmente la realidad. Pero incluso a veces se intenta eso mismo de manera brusca, descarada, creyendo que así dan más apariencia de verdad a la mentira.

Pero, además de evitar cualquier tipo de opiáceo, en positivo es muy importante tener amor a la verdad, querer conocerla para poder situarse ante ella adecuadamente. Esto implica también una postura ética: considerar el bien como un valor. Si a todo esto añadimos, implicándolo, el valor de la libertad, dispondremos de un importante bagaje para entender la reflexión que propongo.

En la anterior crisis se habló como única solución de la necesidad de llevar a cabo una política de austeridad. Vida austera la llevaban ya casi todos los españoles, salvo algunas excepciones, claro, ya que muchos de ellos eran pobres o estaban en el umbral de la pobreza. España finalizó 2008 con una tasa de riesgo de pobreza del 19,8% de la población. En total 8.997.000 de personas sufrieron riesgo de pobreza en España en ese año.

Con la política de austeridad “se ha justificado ideológicamente un proyecto político para desregular las relaciones laborales, devaluar los salarios, debilitar al sector público, desgazar el Estado del Bienestar y privatizar los riesgos sociales. La austeridad ha aumentado las desigualdades y ha significado alejar la economía del bien general, y si la economía no está al servicio de las personas y del bien común, es probable que las personas se alejen de la política y prosperen los relatos nacionalistas y populistas”. Parece que, en esta crisis producida por el COVID-19, la solución va por otros derroteros y se están subsanando los errores pasados, subiendo salarios, fortaleciendo el sector público, etc.

Paso a otro campo distinto. Cuando estamos constreñidos debido a las cautelas que se nos imponen para no extender los contagios, parece liberador que se nos permita todo y que seamos nosotros mismos quienes arbitremos nuestros riesgos de salud y que, dejándonos llevar de nuestros impulsos libertinos de disfrute, nos despreocupemos de los hospitales colapsados y de los profesionales de la sanidad desbordados. Solo la inconsciencia de las clases populares explica el triunfo en Madrid de la Sra. Ayuso, que priorizando la economía sobre la salud dio libertad para un desenfreno responsable.

Algo parecido sucede con los impuestos. Entre los de abajo siempre ha de resultar sospechoso el discurso de los que piden bajarlos, pues de con ello se debilita al Estado para proteger a la colectividad. No es verdad, dicen algunos economistas, que con una bajada de impuestos de 10.000 millones de euros se vayan a crear 300.000 puestos de trabajo. Eso importaría que el Estado ingresase 100.000 millones menos de euros cada año. Además, se ha demostrado que no existe correlación entre bajar impuestos y más empleo. Eso no es verdad, aunque se diga muchas veces o muy alto.

No lo olvidemos nunca: un Estado fuerte favorece a los más débiles. La gente “de posibles” no lo necesitan. Vuelvo al principio: espíritu crítico ante todo lo que oímos, venga de donde venga. En cualquier lugar puede haber intereses creados y utilización de ideología que nos impida conocer la verdad y ser libres para tomar nuestras decisiones.